
LA DOCTRINA DE LA CAUSALIDAD ESTRUCTURAL.

O el impasse del psicoanálisis lacaniano.

Dr. Agustin Palmieri

Facultad de Psicología

Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Resumen:

El presente trabajo busca dar cuenta del impasse teórico en relación al problema de la causalidad en el que ha quedado encallado el psicoanálisis de orientación lacaniana, producto de no haber sabido o podido desembragar su corpus conceptual fundamental del círculo vicioso del estructuralismo. Al no asumir una variante de la dialéctica menos restringida, una variante donde la causalidad pueda encontrarse con los dos costados de su dimensión, el topológico y el algebraico, que, además, están necesariamente en juego en la formalización del sujeto, el debilitamiento de sus conceptos para asaltar y transformar lo real termina promoviendo una práctica cuya propuesta terapéutica termina asumiendo un sesgo inhibitorio (y melancólico) frente a las condiciones de producción del malestar en la cultura.

Palabras clave: Impasse - Causalidad estructural - Sujeto - Dialéctica materialista - Real.

Abstract:

The present work seeks to account for the theoretical impasse in relation to the problem of causality in which psychoanalysis with a Lacanian orientation has been stranded, as a result of not having known or been able to disengage its fundamental conceptual corpus from the vicious circle of structuralism. By not assuming a less restricted variant of dialectics, a variant where causality can meet both sides of its dimension, the topological and the algebraic, which, moreover, are necessarily at stake in the

formalization of the subject, the weakening of its concepts to assault and transform the real ends up promoting a practice whose therapeutic proposal assumes an inhibitory (and melancholic) bias against the conditions of production of discomfort in culture.

Keywords: Impasse - Structural causality - Subject - Materialistic dialectic - Real.

Hace más de cuarenta años, tuvo lugar un breve debate entre Jacques-Alain Miller y Alain Badiou en *Cahiers pour l'Analyse*, una revista que representa todo aquello en la “French theory” que se resiste a ser incorporado en la “deconstrucción”. El debate se centraba en el concepto de “sutura”: al texto fundacional de Miller “Sutura” (Elementos de la lógica del significante), Badiou respondió con “La marca y la falta”. Veladamente, lo que subyacía al intercambio era la cuestión del estatuto del *sujeto*, la relación entre el sujeto/falta y la estructura, y se podría decir que entonces este era el problema clave del “estructuralismo” (Žižek, 2015, p. 1088).

Althusser y la causalidad estructural.

A comienzos de los años ´60 del siglo pasado, Althusser y un grupo de colaboradores discípulos se abocaron a la espinosa labor de “volver a Marx” con el claro propósito de (re)leer la obra del filósofo alemán a través de un exhaustivo trabajo de (re)fundición de las categorías de la dialéctica. Para lo cual Althusser había meditado previamente sobre el gesto teórico de Lacan de “retorno a Freud” y sobre los efectos del psicoanálisis más allá de la clínica, más precisamente sobre el concepto freudiano de la sobredeterminación. Finalmente, a través de esta apropiación nodal, Althusser concluye que mediante el método de pensamiento elaborado por Marx es como se puede acceder al conocimiento de la incidencia de una estructura,

“cuyos elementos no se encuentran situados en un plano homogéneo: una estructura compleja con variedad de planos, profunda y articulada, entre cuyos elementos la determinación no puede ser mecánica y transitiva, pues la heterogeneidad del espacio no lo permite, ni expresiva, porque ninguna esencia interna está presente” (Panach, 1971, p. 86).

En definitiva, lo que Althusser señala es que el método elaborado por Marx nos ofrece una nueva forma de lectura, cuya metodología -como el propio Althusser lo desarrolla en *Leer El Capital*- consiste en advertir(nos) sobre la coincidencia forzosa y paradójica que hay entre el “no-ver” y el “ver” en el mismo acto de “ver”, es decir, percibir “la relación necesaria que une lo visible y lo invisible”. Del mismo modo que en la práctica psicoanalítica se puede plantear la relación obligada e inextricable entre lo simbólico y lo real; el sentido no-dicho en lo dicho (y viceversa) y que funciona como una especie de doble discurso: lo inconsciente, el saber no-sabido. Este nuevo método de lectura desarrollado por Marx (y por Freud), llamada por Althusser *lectura sintomática*, consiste en establecer ese otro discurso “portador de vacíos” que da cuenta de “la ceguera”, el punto de imposibilidad de ver lo que, sin embargo, se ve; es decir, el no-ver interior al propio ver. Esta nueva lectura nos obliga, por otra parte, a (re)pensar el acto de ver: “la vista es (a partir de ahora) el efecto de sus condiciones estructurales, la vista es la relación de reflexión inmanente del campo de problemáticas con sus objetos y sus problemas” (Althusser y Balibar, 1969/2004, p. 29).

El interés de esta nueva relación entre lo visible y lo invisible pasa por comprender que lo invisible ya no puede ser pensado como “lo exterior a lo visible, las tinieblas exteriores de la exclusión, sino las tinieblas interiores de la exclusión, interior a lo visible mismo puesto que es definida por la estructura de lo visible” (Althusser y Balibar, 1969/2004, p. 30). Lo invisible exterior del campo está contenido como tal en el interior visible del propio campo, relación que Lacan teoriza bajo el concepto de *extimidad*. Althusser plantea que si a este campo de fenómenos nuevos que nos atañen ya no se lo puede continuar pensando simplemente como un “espacio plano”, sino como un “espacio profundo y complejo” (1969/2004, p. 197), los fenómenos que están determinados por dicha complejidad y profundidad ya no podrán continuar siendo explicados a partir del viejo concepto de causalidad lineal. Se requiere en consecuencia una nueva forma de causalidad que nos autorice a pensar y teorizar “la determinación por una estructura”, en donde lo visible y lo invisible, al estar trabados en una relación

nodal inextricable, immanente a la situación del campo, exigen un trabajo de rodeo y reducción conceptual que den cuenta de aquello que se sustrae a nuestro entendimiento sensible.

La pregunta que, entonces, se formula Althusser es

¿por medio de qué concepto o de qué conjunto de conceptos puede pensarse la determinación de los elementos de una estructura y las relaciones estructurales existentes entre estos elementos y todos los efectos de estas relaciones, por la eficacia de esta estructura? Y a fortiori, ¿por medio de qué concepto o de qué conjunto de conceptos puede pensarse la determinación de una estructura subordinada por una estructura dominante? Dicho de otra manera, ¿cómo definir el concepto de causalidad estructural?” (Althusser y Balibar, 1969/2004, p. 201).

Aquí es donde nuestro filósofo vuelve manifiesto su “empréstito necesario” (1969/2004, p. 203) del concepto freudiano de sobredeterminación, para, finalmente, lograr explicar a partir de él cómo funciona la determinación de una estructura por otra estructura. La hipótesis de Althusser fue que este concepto era pasible de ser rastreado y localizado de alguna manera en las investigaciones y escritos de Marx y de Lenin. Por lo tanto, era cuestión de recuperarlo haciéndolo salir a la superficie y producir a través suyo una teorización que dé cuenta del modo en que historia y estructura se encuentran imbricados mutuamente, formando un nudo del cual resulta imposible decir que uno sea “un hecho empírico concreto” y el otro “un principio ontológico o trascendental abstracto” (Bosteels, 2007, p. 36). Althusser lo expresa de la siguiente manera:

La sobredeterminación designa la calidad esencial siguiente en la contradicción: la reflexión, en la contradicción misma, de sus condiciones de existencia, es decir, de su situación en la estructura dominante del todo complejo. Esta “situación” no es unívoca. No es ni la sola situación “de derecho” (aquella que ocupa en la jerarquía de instancias en relación con la instancia determinante: la economía en la sociedad) ni su sola situación “de hecho” (si, en la etapa considerada, es dominante o subordinada), sino la relación de esta situación de hecho con esta situación de derecho, es decir, la relación misma que hace de esta situación de hecho una “variación” de la

estructura, dominante, “invariante” de la totalidad (Althusser y Balibar, 1969/2004, p. 173).

Daín (2011) afirma que el concepto de sobredeterminación se erigió rápidamente como uno de los pilares fundamentales del pensamiento materialista de la época, puesto que al tiempo que posibilitó pensar la lógica combinatoria del juego de la ausencia y la presencia, posibilitó el comienzo de la puesta en forma de una nueva doctrina sobre la causalidad, con la cual se buscará pensar la existencia de la estructura en sus efectos. Subsiguientemente, el concepto de estructura habrá de sufrir algunas transformaciones: ya no podrá ser pensado como una instancia exterior que vendría a transformar el régimen relacional entre los objetos.

La ausencia de la causa en la causalidad metonímica de la estructura sobre sus efectos no es el resultado de la exterioridad de la estructura en relación a los fenómenos...; es al contrario, la forma misma de la interioridad de la estructura como estructura, en sus efectos (Althusser y Balibar, 1969/2004, pp. 203-204).

Lo que Daín demuestra a partir de sus investigaciones es que la sobredeterminación no es equiparable ni a la idea de multicausalidad ni a la idea de pluralidad, como tampoco podría comparársela con la idea de cadena causal. Por el contrario, la sobredeterminación pone de manifiesto a través de su apertura constitutiva que no existe una literalidad última, al tiempo que tensiona cualquier intento de distinción entre un interior y un exterior del sentido. Si bien otros autores antes de Althusser -como Herbert Marcuse y Theodor Adorno, por citar sólo algunos- ya habían elaborado nudos conceptuales entre la teoría social y el psicoanálisis, fue aquel quien, a partir de la relectura lacaniana de Freud, tomó el concepto freudiano de sobredeterminación para, por un lado, revisar y diferenciar la idea de contradicción en Hegel y en Marx, y, por el otro, caracterizar el campo de lo social como una totalidad compleja estructurada. En consecuencia, la articulación entre este concepto psicoanalítico y una matriz materialista de pensamiento compuso ciertas condiciones a partir de las cuales la idea de causalidad comenzó a pensarse de forma distinta.

Como sostuvo Bosteels, “la lógica de la sobredeterminación se ha convertido gradualmente en la piedra angular de un discurso teórico unificado que hoy en día constituye una de las doctrinas más potentes de toda la teoría y la filosofía” (Bosteels,

2007, pp. 54-55). Sin embargo, la estructura no funciona -en tanto causa ausente- como una especie de esencia exterior a los fenómenos, sino más bien como “la forma misma de la interioridad de la estructura como estructura” (Althusser y Balibar, 1969/2004, p. 204). Lo cual implica que los fenómenos no puedan ser pensados como una pura exterioridad de la estructura. Por el contrario, esta nueva idea de la causalidad como causalidad estructural es lo que nos ha posibilitado recuperar el sentido spinoziano de la causalidad inmanente; un sentido que, según el propio Althusser, estuvo largamente despreciado por la historia del pensamiento filosófico occidental, y que, a partir de los desarrollos de Marx, encuentra una especie de segunda oportunidad.

No obstante, Althusser no deshecha la causalidad mecánica lineal al expresar el principio general de la causalidad estructural, sino que -a diferencia de Hegel, que intentó desprender la causalidad estructural a partir de la causalidad mecánica- piensa la producción del límite y de todos los objetos que la primera arroja como una determinación de la segunda: “quería sólo indicar el principio de esta doble causalidad y de su articulación, en la que la causalidad estructural es determinante de la causalidad lineal” (Althusser, 2014, p. 4). Como lo expresa el propio Althusser en la *Revolución teórica de Marx*, “...esta reflexión sobre la estructura articulada dominante que constituye la unidad del todo complejo... [es] el rasgo más profundo de la dialéctica marxista, aquel que traté de expresar anteriormente a través del concepto de sobredeterminación” (Althusser, 2004, p. 171).

Miller y la causalidad estructural.

Durante la temporada 1963-1964, tras haber escogido la teoría psicoanalítica como tema de análisis para su seminario, Althusser consigna a otro discípulo suyo la tarea de visitar el seminario de Lacan con el franco propósito de examinar luego la teoría de éste. El primero había sido Badiou. Este segundo visitante normalista no sería otro que Miller, a la postre el yerno de Lacan y máximo referente actual del psicoanálisis de orientación lacaniana. Si bien, como plantea Bosteels, no es a través de un conjunto de hechos o sucesos anecdóticos como se da cuenta de una teoría, por numerosos que estos puedan resultar, fue Miller quien, en 1964, a través de su artículo *Acción de la estructura* publicado en la revista *Cahiers pour l'Analyse* sentó las bases de esta

doctrina combinada en el campo del psicoanálisis. En aquel temprano y agudo trabajo, Miller señalaba lo siguiente:

Conocemos dos discursos de la sobredeterminación: el marxista y el freudiano. Dado que el primero está hoy liberado por Louis Althusser de la hipoteca que hacía pesar sobre él la concepción de la sociedad como sujeto histórico, así como el segundo lo fue por Jacques Lacan de la interpretación del individuo como sujeto psicológico, unirlos nos parece ahora posible. Sostenemos que los discursos de Marx y Freud son susceptibles de comunicarse por medio de transformaciones reguladas, y de reflejarse en un discurso teórico unitario (Miller, 2010, pp. 19-20).

La publicación de este texto milleriano estuvo sucedida por la publicación de un artículo de Badiou llamado *Marque et manque: à propos du zéro* (1969), texto que constituyó una respuesta a la tesis formulada por Miller y que marcaría el comienzo de una consabida disputa entre ambos autores que perdura hasta el presente. El psicoanalista Gómez Camarena, en un artículo suyo titulado *Badiou, la ciencia, el matema* (2013) plantea que el filósofo francés, tres años después de aquella publicación de Miller, más precisamente en el número 9 de la revista *Cahiers pour l'analyse*, le responde enfáticamente de modo crítico por su interpretación de la tesis fregeana. Miller había planteado que Frege necesitó *forcluir* el sujeto para poder dar cuenta de la construcción de la serie de los números, y -como aclara Gómez Camarena en su artículo-

para construir un número, el cual es un concepto, hay que depender de un objeto; el problema es que para construir cualquier número se requiere de un concepto cuya extensión es cero y para este no hay objeto posible puesto que el concepto de cero es definido por Frege así: aquello que no es idéntico a sí mismo. No existe objeto para el concepto de cero puesto que no hay elemento que cumpla la condición de algo que no coincida consigo mismo: el conjunto vacío es la marca de ese objeto. El asunto crucial es que cualquier construcción de un número necesita en principio al cero. Para Miller la problemática es clara y se resuelve “olvidando” o “desconociendo” esta violación originaria (la forclusión) en la construcción de los números. La génesis de la sucesión numérica se basa en el olvido de una no-coincidencia que para Miller corresponde al sujeto. Gracias a esta

forclusión del sujeto es posible la matemática (Gómez Camarena, 2013, párr. 22.).

Badiou no subscribe a la definición lógico-matemática proporcionada por Miller, puesto que para él

en la lógica uno nunca se encuentra con la marca de la falta (el argumento de Miller para hablar de una forclusión del sujeto) sino que más bien uno encuentra *falta de marcas*. Para que aparezcan las marcas de la falta es necesario restituir las a través de varios estratos de inscripciones (letra y escritura): la multiplicidad está estratificada en distintos órdenes que no pueden ser irreductibles al significante (Gómez Camarena, 2013, párr. 23).

De acuerdo a lo explicado por Bosteels, el propósito de Miller no era otro que conseguir enlazar los conceptos de sujeto y sustancia en el marco de una “nueva teoría unificada”.

Aun cuando aquella vieja querrela entre Miller y Badiou, dos reconocidos discípulos de Althusser y de Lacan, no se continuó teóricamente más allá del tiempo en el que fueron publicados los escritos del primero, *La sutura* (2008b), *Matriz* (2008b) y del segundo, *Marque et manque: à propos du zéro* (1969), el recorrido exhaustivo de estas lecturas mantiene vital importancia para la comprensión presente de la doctrina de la causalidad estructural.

Sin embargo, Bosteels (2007) sostiene que para comprender cuál ha sido finalmente el pensamiento de Badiou sobre la doctrina de la causalidad estructural, resulta fundamental poner en serie la lectura de *Teoría del sujeto* con *El ser y el acontecimiento*, cosa que no todos los estudiosos e intérpretes de la obra del filósofo francés tienen en cuenta. Si bien acordamos plenamente con la conjetura de Bosteels respecto a la clave de lectura que debe asumirse frente a la obra de Badiou para comprender su interpretación de la doctrina de la causalidad estructural, nosotros agregaríamos *El (re)comienzo del materialismo dialéctico* y *Marque et manque: à propos du zéro*.

Si bien durante los años que estuvo bajo la dirección de Miller, el joven Žižek, hizo caso omiso de esos cuatro grandes trabajos iniciales de Badiou, en sus últimos trabajos ha dado muestras de una posición radicalmente distinta al respecto. En uno de sus

últimos libros, titulado *Menos que nada* (2105), se refirió a la disputa entre Miller y Badiou alrededor de la causalidad estructural, arguyendo que

La sutura de Miller por lo tanto hizo historia (en la teoría fílmica y en la de las ciencias sociales), mientras que la respuesta de Badiou fue ampliamente ignorada, o más bien, ahogada por la ortodoxia althusseriana. Además, poco después del debate de *Cahiers*, Badiou cambió su posición, introduciendo su propia teoría del sujeto (elaborada en detalle en su primera obra maestra, *Théorie du sujet*). En una diferencia crucial respecto a Lacan y Miller, el sujeto de Badiou no es universal (coextensivo con la estructura como tal, puesto que toda estructura implica una falta), sino una rareza, algo que surge solo en condiciones excepcionales en las que un Acontecimiento-Verdad interrumpe el funcionamiento normal de las cosas. ¿Ganó Miller el debate? El truco está en que el triunfo del concepto de sutura de Miller estaba inextricablemente mezclado con un malentendido radical del concepto: paradójicamente, lo que ganó fue una especie de síntesis perversa de las dos posiciones, la de Althusser y la de Lacan. Como hemos visto, lo que ganó fue el concepto althusseriano del sujeto como el lugar de un reconocimiento (erróneo) imaginario o ideológico de la necesidad estructural, y el concepto de “sutura” fue interpretado, en su recepción y uso popular predominante, como el operador de este reconocimiento erróneo; es decir, designaba la operación por medio de la cual el campo ideológico de la experiencia se “sutura”, se cierra su círculo y se invisibiliza la necesidad estructural descentrada. En esta interpretación, “suturar” significa que se borran dentro del campo de la experiencia ideológica todos los molestos rastros del Afuera radical, por lo que este campo se percibe como una continuidad sin fricciones; un gran proceso histórico, por ejemplo, es (sobre)determinado por una compleja red de causas estructurales “anónimas”, y esta complejidad se oculta cuando postulamos un Sujeto (la humanidad, la conciencia, la vida, Dios...) que domina y dirige el proceso. Este malentendido surge cuando uno interpreta la sutura dentro del contexto de la pareja conceptual presencia/representación. ¿Dónde nos encontramos hoy en día, por lo tanto, en relación al debate entre Miller y Badiou? (Žižek, 2015, p. 1154-1155).

Según Bosteels, a partir de la recepción post-marxista de la doctrina de la causalidad estructural -por ejemplo, Mouffe y Laclau, quienes en su libro *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (2004), vinculan desde una perspectiva derrideana la doctrina de la causalidad estructural a la crítica filosófica del esencialismo- ésta pasaría a estar sostenida por la formulación de tres afirmaciones respecto de lo real, el sujeto y la ideología. Las cuales, en suma, resumirían desde entonces los elementos básicos de dicha teoría. Lo real se caracterizaría por la inmanencia de un núcleo traumático irreductible e inasimilable, tanto para el orden simbólico como para el orden social. Sin embargo, a partir de la decisión de rechazar (*forcluir*) el elemento real, la estructura ganaría un orden posible. “Para volverse consistente, todo orden simbólico... necesita recusar un elemento clave que, paradójicamente, descomplete la estructura al ser incluido por exclusión” (Bosteels, 2007, p. 58). Si bien este planteo puede parecer “un mero complemento de la idea elemental del estructuralismo” (p. 60), la doctrina de la causalidad estructural se caracteriza por no reducir “los efectos de la sobredeterminación a una economía cerrada de lugares” (p. 60), en la cual las relaciones de combinación estarían dadas a priori o en germen. Por el contrario, esta nueva doctrina de la causalidad siempre ha buscado dar cuenta del elemento perverso de la estructura, ese elemento cuya eficacia se produce *in absentia* y “determina toda la estructura de lugares asignados como tal (p. 60). Esto es lo que Žižek llamó -parafraseando a Miller- “la estructuralidad de la estructura”. Y, en función de dicha conceptualización, Bosteels revista el análisis pronunciado al respecto por el esloveno:

la paradoja de lo real lacaniano es, pues, que éste es una entidad que, aunque no existe (en el sentido de realmente existente, que tiene lugar en la realidad), tiene una serie de propiedades -ejerce una causalidad estructural, puede producir efectos en la realidad simbólica de los sujetos (Bosteels, 2007, p. 62).

En cuanto al concepto de sujeto, la nueva doctrina afirma que este no es más que la hiancia, la fisura, que queda como excedente entre lo real traumático y la simbolización imposible. De esta manera, la nueva doctrina de la causalidad estructural propone un nuevo concepto de sujeto, un sujeto que ya no resulta pensable en clave metafísica, es decir, en términos de sustancia y/o de consciencia. De esta manera, la nueva doctrina de la causalidad estructural logra *deconstruir* la metafísica substancialista al trazar una

nueva forma de pensar la relación entre la sustancia y el sujeto: la relación entre ambos términos estaría dada por la hiancia que se halla en el interior/exterior de la estructura. Como la sustancia está imposibilitada de realizarse a sí misma completamente, el sujeto vendría a encarnar esa imposibilidad, el sujeto vendría a cumplir, estrictamente, la función de soporte (*Tragër*) de esa imposibilidad estructural. Dicho de otra manera, "...el sujeto es estrictamente correlativo a su propia imposibilidad; su límite es su condición positiva" (Bosteels, 2007, p. 63).

Por último, la nueva doctrina de la causalidad expresa que la ideología se establece y organiza como una fantasía, cuya función fundamental es velar la falla estructural constitutiva que habita en el interior de todo orden simbólico y social. Al plantear el campo de lo social como un orden imposible, la nueva doctrina subvierte el sentido clásico de la definición de ideología. Ya no resulta posible pensarla o presentarla como una falsa representación de una esencia positiva, es decir como una *falsa conciencia*, sino que, a partir de ahora, la ideología aparece como un "olvido" (o represión, en sentido freudiano) del carácter precario e incompleto de toda positividad, del carácter real de toda sutura. A partir de esta interpretación subversiva del concepto de ideología, su análisis ya no consiste en desentrañar el oscuro nudo de intereses engañosos que se esconde tras la aparente universalidad de las cosas del orden social. Por el contrario, su análisis consistirá en la elucidación crítica de dos tareas fundamentales. La primera, dice Bosteels refiriéndose al tratamiento dispensado por Žižek en *El sublime objeto de la ideología* (2005), donde el filósofo esloveno la compara con uno de los fines de la cura psicoanalítica, consiste en desenmascarar la naturaleza insubstancial de la fantasía (o fantasma -en sentido lacaniano-, aunque para nosotros no son la misma cosa), comprender que la fantasía sólo se inscribe allí a condición de funcionar como tapón ante el vacío y la imposibilidad de su simbolización absoluta. La segunda -también con base en la cura psicoanalítica-, descansa en el esclarecimiento de aquello que sobre el final de un análisis funciona como identificación del hablante con algún tipo de arreglo o solución ideológica (síntoma, en un sentido Žižekiano, sino que milleriano) en relación al núcleo traumático de lo real social. Dado que lo social se constituye en torno a un real irreductible y traumático, Žižek afirma que no hay modo de superar ni abolir esa falla estructural constituyente. Razón por la cual, el hombre debe aprender a convivir con ella a partir de reconocer amigablemente su *dimensión aterradora*.

Finalmente, lo que vemos a través de una serie de ajustes producidos en clave lacaniana por Miller y otros autores (Bassols, 2006; Laurent, 2006; Mouffe y Laclau, 2004) sobre la causalidad estructural es cómo esta nueva doctrina se vuelva paradójicamente contra Althusser, Lacan y Badiou. Según la tesis de Bosteels, Miller y estos otros autores establecen la dificultad o la incapacidad de aquellos que, otrora, fueron sus maestros, para dar cuenta de la necesidad de establecer un acuerdo con “el sujeto de la carencia, causada por un goce imposible anterior a la interpelación y más allá de ella” (Bosteels, 2007, p. 69). En suma, lo que nos muestra el trabajo de Bosteels es cómo esta lectura de la causalidad estructural plantea la dificultad o la incapacidad de ciertas posiciones para tornear lo real a partir de una consideración en extremo negativa y desbalanceada del concepto de goce de Lacan, equiparándolo sin más al concepto freudiano de pulsión de muerte. Lo cual disuade a estas posiciones “ingenuas” de la necesidad de establecer un “*modus vivendi*” (como lo llama Žižek,) con la falta; o, como lo ha planteado Miller, la necesidad de montar una identificación al síntoma (entendido como el único y mejor arreglo posible ante la irreductibilidad mortífera de lo real y el goce).

Para nosotros, el problema de adherir a la doctrina de la causalidad estructural es la situación inhibitoria, sintomática o angustiosa en la que nos deja ante un orden simbólico y social que se presenta como un campo imposible de ser asaltado formalmente a través del concepto, ya que, en última instancia, su categoría rectora es este real irreductible -aquello que Freud llamaba “la roca viva de la castración” (1937)-, cuyo fundamento nouménico nos marca el límite (*im-passe*) in-forzable de dicho orden. Como afirma Badiou, a partir de un “respeto jamás abandonado por lo real”, esta lectura lacaniana de la causalidad nos deja ante un “pathos de silencio donde se vuelven a unir el Libro mallarmeano jamás escrito y el nudo de Lacan jamás tejido” (Badiou, 2009a, p. 77). Lo cual transforma automáticamente cualquier tentativa de (re)comienzo del materialismo dialéctico y del psicoanálisis en una empresa muerta, en un punto muerto, en un impasse.

Badiou y la dialéctica materialista

Todo el proyecto filosófico de Badiou, desde *Teoría del sujeto*, pasando por *Marque et manque: à propos du zéro* y el texto de 1969 sobre el (re)comienzo del materialismo dialéctico, hasta *Lógica de los mundos* es una cabal muestra de la disputa que el filósofo francés mantiene desde los años '60 con lo que podríamos llamar la variante lacaniana de la dialéctica, una variante que al enfatizar las ideas de vacío, causa ausente y falla estructural encuentra su filiación en la obra de Hegel y el primer Lacan, volviéndose idealista y reduciendo “el acto de subjetivación [a algo] irremediablemente anclado en la causalidad estructural de la carencia” (Bosteels, 2007, p. 72). La dialéctica materialista, representada por Badiou y el último Lacan, es la orientación que nos interesa particularmente a nosotros, puesto que, según lo entendemos nosotros, no reduce la causalidad estructural al costado algebraico de la dialéctica, sino que también incluye su costado topológico, es decir, permite volver sobre la idea de la determinación incluyendo la idea del pase del sujeto y planteando la subjetivación como “la emergencia de una nueva consistencia, sobre la aparición de una nueva estructura en la que un sujeto no sólo ocupa el lugar vacío de la estructura antigua, sino que lo excede...” (Bosteels, 2007, p. 72).

En *Teoría del sujeto* vemos claramente como Badiou expone formalmente “la deficiencia básica” de la primera variante de la dialéctica (orientación en la que ha quedado encallado el psicoanálisis lacaniano en su mayoría), es decir “su incapacidad para registrar la creación de una nueva verdad consistente que trasciende el reconocimiento de la carencia estructural, o vacío, que sólo es su causa ausente y evanescente” (Bosteels, 2007, p. 73). Ya desde aquel texto del año '69, muy poco tenido en cuenta, Badiou no cesa de

subrayar la necesidad absoluta, y al mismo tiempo el riesgo de ese (re)comienzo del materialismo dialéctico, ... si se quiere poder *hablar* al menos de aquello a través del cual la realidad silenciosa (silenciosa *en la teoría*) nos interpela y nos hace los “portadores” de funciones históricamente determinadas. No existe otra posibilidad si queremos pensar lo que constituye nuestra *coyuntura* política [y teórica]... (Badiou, 1974, p. 33-34).

Es gracias a la teoría del sujeto elaborada por Badiou, la cual se inspira en la teoría del sujeto de Lacan; su crítica a la variante estructural de la dialéctica, la doctrina de la

causalidad estructural, y su programa ontológico posterior que incluye y reformula ambos tópicos, como hoy podemos pensar la emergencia de algo nuevo en materia teórica para nuestra práctica clínica. Es a través de esta monumental obra del filósofo francés, a quien quizá la historia termine sindicando como el pensador más importante del comienzo del siglo XXI, como pensamos una instancia de relevo para el campo psicoanalítico lacaniano en general. Un relevo para teorizar nuevas formas de pensar lo real sustractivo (lo múltiple desligado), sin tropezar ideológicamente con la red de ficciones humanistas, positivistas y substancialistas que intentan desconocer u olvidar -vía la sutura- su escisión inmanente ni caer por default en un escepticismo absoluto. Para lo cual también resulta indispensable “deshacerse... de la mayor tiranía teórica bajo la que aprendimos a hablar: la tiranía hegeliana”. Razón por la cual, justamente, en *Teoría del sujeto*, el filósofo comienza especificando “las dos matrices dialécticas” (Badiou, 2009a, p. 25) presentes en el pensamiento de Hegel, para, luego, poder diferenciar “la dialéctica estructural de la verdadera dialéctica materialista” (2009a, p. 11). Y, de esa forma, renovar su concepto desembarazándose de una vez por todas de la herencia hegeliana.

Lo que explica Badiou es que en Hegel uno encuentra de entrada “no el “algo” completamente solo, sino la diferencia entre algo y otro” (Badiou, 2009a, p. 27). “La dialéctica de lo Uno y de lo múltiple, de lo infinito y lo finito” (Badiou, 2009a, p. 26). Lo cual nos permite inferir el rasgo diferencial de toda dialéctica: su escisión inmanente constitutiva.

De hecho, Hegel va a estudiar la escisión del algo en un movimiento preestructurado por una escisión primera, en cierto modo oculta, *de esencia repetitiva*: la que itera el algo en la posición de sí mismo como otro, otra cosa. Se podría llamar a esta estasis ínfima de la contradicción, la estasis indicial. Hay A, y hay Ap (léase: “A tal cual” y “A en otra plaza (place)”, la plaza p que distribuye el espacio de emplazamiento, o sea P). Es el mismo A nombrado dos veces, emplazado dos veces. Estas dos determinaciones, Hegel las nombra: el algo-en-sí y el algo-para-otro. El “algo”, como pura categoría, es la unidad de estas dos determinaciones, el movimiento de su dualidad. Prueba de que para pensar exactamente cualquier cosa, algo, hay que escindirlo. ¿Qué significan el algo-en-sí y el algo-para-otro? Son la

identidad pura y la identidad emplazada. La letra y el sitio sobre el que ella se marca” (Badiou, 2009a, pp. 27-28).

Esta es una definición de la dialéctica que nos hace recordar nuevamente la querella con Miller, por el modo en el que este autor había presentado en su escrito “La sutura” la lógica del engendramiento del cero y el uno para, desde allí, desprender la función del sujeto pensada como una sutura entre dos faltas. Pues bien, si la dialéctica sólo es pasible de ser definida a partir del reconocimiento de la presencia de una escisión constitutiva, su axioma fundamental de partida se escribe de la siguiente manera: $A = (AAp)$, fórmula que Badiou explica diciendo que “el índice p remite al espacio de emplazamiento P , lugar de toda reduplicación posible de A ” (Badiou, 2009a, p. 29). A su vez, esta división originaria entre el ser-puro de algo (A) y el ser-emplazado de algo (Ap) es lo que permite postular la *contradicción*, un tercer elemento que resulta el elemento crucial de toda dialéctica; aunque dicho elemento -nos advierte Badiou- no debe ser pensado o confundido como el elemento “otro”, es decir “segundo” -si se lo piensa desde una lógica temporal sucesiva- o como el elemento que posibilita la diferencia a partir de agenciar o encarnar la alteridad que niega o pone bajo tensión el “algo” supuestamente inicial. Por el contrario, lo verdaderamente “otro” allí es el espacio de emplazamiento P funcionando como instancia tercera. Por lo tanto, toda dialéctica parte de una relación escindida, aunque anudada de tres términos y no de dos. “Si $A = (AAp)$, esto está determinado por el efecto indicial de P sobre A ” (p. 31), forma distinguida por Badiou como “la primera escritura de la determinación de la escisión, primer algoritmo de la unidad de los opuestos” (p. 31).

Tenemos entonces que los grandes conceptos de la dialéctica examinados por Badiou en su primera gran obra, y a los que, además, supone un “alcance ontológico absolutamente general”, son

- a- La diferencia de sí a sí, A y Ap , ordenada por la *contradicción* de la fuerza A y del espacio de emplazamiento P , en la cual Ap es la instancia indicial para A . Punto clave: es la contradicción la que ordena la diferencia, no a la inversa;
- b- La *escisión* como única forma de existencia del algo en general: $A = (AAp)$;

c- La determinación como unidad de la escisión, solamente pensable a partir del término indexado (y no del término puro): Ap (AAp), y

d- La escisión de la determinación según lo que ésta determina: determinación de lo nuevo, Ap (A); y recaída: Ap (Ap) = P (Badiou, 2009a, p. 32).

Estos cuatro puntos sustantivos aquí reunidos constituyen en esencia el corazón de toda dialéctica; y son, a su vez, las condiciones formales a partir de las cuales Badiou intenta aportar una (re)definición formal, singular, de la dialéctica: “La dialéctica ...es el *horlieu* contra el *esplace*” (Badiou, 2009a, p. 33). Estos dos neologismos inventados por el filósofo para tales efectos son el instrumento conceptual a través del cual busca dar cuenta de la lógica materialista con la que entiende que debe pensarse la dialéctica, una lógica que necesariamente debe contener un costado combinatorio (o algebraico) y un costado sintético (o topológico). El primero de los neologismos es una fusión entre los términos “fuera” (*hors*) y “lugar” (*lieu*); el segundo, en cambio, es una fusión entre los términos “espacio” (*espace*) y “sitio” (*place*). Dicho de otra manera, se trata de la contradicción que surge como instancia tercera a partir de la relación dislocada entre un término fuera de lugar (la causa ausente y evanescente) y un término emplazado (que hace las veces de su lugarteniente).

La primera crítica de Badiou contra la doctrina de la causalidad estructural (la variante estructural de la dialéctica) es la que expresa que la recaída, “en tanto negativo inerte de la determinación estricta”, es “el principio del estructuralismo bajo todas sus formas” (Badiou, 2009a, p. 33), es decir, la hipóstasis de la causa ausente y evanescente: “la autoridad de la estructura” (Badiou, 2009a, p. 77). Por otra parte, Badiou vuelve a señalar que debe comprenderse correctamente lo que se entiende por contradicción en la lógica de Hegel.

Para Badiou la contradicción no existe, sino que “es un puro principio estructural”. Al ser pensada como la causa ausente y evanescente, la contradicción no puede consecuentemente ex-sistir (ello la convertiría inmediatamente en “algo” y dejaría de ser un vacío). Este pasaje siempre nos ha parecido formidable: al tiempo que nos produce una profunda sensación de familiaridad o vecindad conceptual con la teoría del sujeto de Lacan, también nos percata de las diferencias que comienzan a vislumbrarse entre una y otra teorías del sujeto. Como lo puntualiza muy bien Farrán en su libro

Badiou y Lacan. *El anudamiento del sujeto* (2014), ambos autores elaboran un concepto de sujeto

vinculado con la intervención o el acto, en un contexto signado por la contingencia, junto a la dimensión ontológica sustractiva o de lo *real* ligada a la anterior, donde el recurso a ciertos fragmentos matemáticos y lógicos les permite a ambos autores circunscribir la imposibilidad radical (el *impasse*) a la que se confronta el pensamiento. [Sin embargo, a partir de su obra *El ser y el acontecimiento*] el concepto de sujeto se diversifica y complejiza [en Badiou] al incluir cuatro tipos distintos de sujeto ligados por una fidelidad inventiva a sus respectivos procedimientos genéricos de verdad: artístico, político, científico y amoroso [y al elaborar] ...más explícitamente que Lacan una ontología basada en la radical sustractividad del ser, entendido este como múltiple puro (múltiple de múltiples) no reductible al objeto (al uno), que le permite formular la teoría axiomática de conjuntos (Farrán, 2014, p. 38-40).

Cuando Badiou discute con Hegel acerca de la dialéctica y el verdadero sentido de la contradicción, el filósofo francés muestra, por un lado, que la contradicción no es sino la escisión constitutiva de la dialéctica (lo cual compone su única forma posible de existencia) y, por el otro, cuál es la ley de toda dialéctica: su imposibilidad de hacer Uno entendido como Todo. Como plantea Badiou, “la escisión es aquello mediante lo cual el término se incluye en el lugar en cuanto fuera-de-lugar [*hors-lieu*]. Y no hay ningún otro contenido en la idea de contradicción” (Badiou, 2009a, p. 38). Tesis que sin embargo conjunta muy bien con la definición de sujeto de Lacan: un sujeto dividido o escindido, cuya esquizia constitutiva es su principal atributo.

Empero, como advierte Badiou, si lo real es como nos lo enseña Lacan, es decir aquello que agujerea todo saber, aquello que hace trastabillar toda formalización, entonces hace falta un cuarto elemento que suplemente el algoritmo de la dialéctica. Ese cuarto elemento es lo que Badiou llama “una teoría del pase (*passe*) de lo real” (2009a, p. 47) o una teoría del “*passe-en-force*”, es decir una teoría que nos permita ir más allá de ese real o que nos permita superarlo (resolviéndolo). Una apuesta teórica que dista en muchos sentidos de aquella otra candidateada por la lectura lacaniana de la causalidad

estructural, donde la resignación ante lo real traumático y el goce mortífero parecen ser la única salida ética posible.

Lo que intenta poner en juego el filósofo es la orientación de la dialéctica, es decir su “vertiente estructural” o su “vertiente histórica”. La “lógica de las plazas (o la) lógica de las fuerzas” (Badiou, 2009a, p. 75), o, para decirlo con los términos de *Teoría del sujeto*, la lógica del *esplace* o la lógica del *horlieu*. Y, a partir de aquí, elaborar la primera definición provisoria de la dialéctica estructural

a- La dialéctica estructural es sin duda una forma del pensamiento dialéctico (este es su lado materialista) en cuanto, en términos muy generales, depende de dos principios ontológicos cruciales: -el primado del proceso respecto del equilibrio, del movimiento de transformación respecto de la afirmación de la identidad; -el primado del Dos respecto de lo Uno (contradicción);

b- La dialéctica estructural, y éste es su lado idealista, tiende, en primer lugar, a hacer prevalecer en última instancia la vertiente estructural de la dialéctica respecto de su vertiente histórica, la plaza respecto de la fuerza; y, en segundo lugar, en el interior mismo de este primado de la base estructural, a hacer predominar la teoría del *esplace*, de su universo reglado, respecto de la emergencia del *horlieu* (Badiou, 2009a, pp. 75-76).

Lo que se demuestra de esta manera es el tratamiento que la vertiente estructural de la dialéctica le dispensa al concepto de contradicción. El filósofo plantea que la dialéctica estructural trabaja con el lado malo de la contradicción al otorgarle “privilegio a la diferencia débil respecto de la diferencia fuerte. [Pues] tiende a reducir toda diferencia a una pura distinción posicional” (Badiou, 2009a, p. 76). Para decirlo en términos espaciales, toda diferencia es pensada en función del lugar que ocupa en la estructura. Lógica aplicada por Lacan en el Seminario 17 *El reverso del psicoanálisis* cuando elabora la teoría de los cuatro discursos y plantea sus famosos cuadrípodos para dar cuenta de los lugares que asignan funciones a los términos que circulan por ellos. Al referirse al concepto de contradicción Badiou precisa que dependiendo del “componente conceptual” que dicho término ponga a jugar de manera preponderante la misma habrá de ganar una articulación singular. Los componentes conceptuales a los que se refiere el autor son tres: diferencia; correlación, y posición. Para Badiou, la dialéctica estructural “prefiere la correlación de pura exclusión, de escisión posicional, de intercambiabilidad,

a la que, bajo el nombre de 'lucha de opuestos', intenta aprehender la destrucción de una cualidad de fuerzas" (Badiou, 2009a, p. 76). Como parece querer decir Badiou, la dialéctica estructural no hace más que fijar los elementos a una cuadrícula de lugares que les asigna apriorísticamente su función, impidiéndose a sí misma de leer el movimiento vivo de los mismos, su historia.

Sin embargo, esa debilidad de la variante estructural de la dialéctica no le impide en absoluto a la misma encontrarse con lo real. El problema es cómo formaliza dicho encuentro: lo hace desde una lectura sesgada, restringida, que hace especial hincapié en el costado algebraico de la dialéctica, resaltando el concepto de falta o de carencia; como si la dimensión de lo real fuera, en última instancia, la dimensión de lo inefable. Por otra parte, cuando el último Lacan advierte el impasse del estructuralismo se lanza a la consecución de un nuevo relevo que lo habrá de llevar hasta la teoría de nudos (condición de posibilidad para la construcción de su concepto de *sinthome*).

Forzar el impasse en el que la dimensión de la causalidad ha quedado encallada para el psicoanálisis de orientación lacaniana exige resolver los "tres problemas canónicos" de la variante estructural

1- ¿Cómo reducir una diferencia fuerte (cualitativa) a sólo su hueso, la diferencia débil, o de posición, que le es sub-yacente? Es el problema de la esquematización de un inesquematizable, el problema de la explicación, o del efecto de cadena.

2- ¿Cómo hacer desaparecer aquello de lo que se tuvo necesidad, en materia de fuerza, para proceder a esta reducción? Es el problema del término evanescente.

3- ¿Cómo el no-ser de la fuerza desvanecida puede él mismo causar el movimiento de las plazas, y, mejor aún, su todo? Es el problema de la acción de la estructura, o problema de la causalidad de la falta (Badiou, 2009a, p. 77).

Badiou anexa un cuarto término a la triada de términos que recapitula los tres problemas principales de la dialéctica estructural: 1- efecto de cadena, 2- término evanescente, 3- causalidad de la falta y 4- clivaje [*clivage*], que

no es ni el vacío, ni los átomos, ni la acción causal de unos sobre los otros. No es tampoco un tercer componente, un tercer principio. Es solamente aquello por lo que se puede llegar, de la diferencia cualitativa absoluta... a la combinación de átomos como diferencia débil... El clinamen es la dialécticidad de los principios, la diferencia débil de la diferencia fuerte (Badiou, 2009a, p. 81).

El clinamen es, para decirlo de otro modo, la forma a través de la cual la dialéctica estructural se ahorra la lógica de la fuerza para enfatizar y reforzar la lógica de la plaza. Sin embargo, la dialéctica estructural vuelve a tropezar invariablemente con la fuerza de su propia lógica abstracta al pensar el problema de la causalidad como un problema estrictamente espacial, es decir, de lugar. Y al convertir lo real en el lugar soberano de la estructura, le confiere una jerarquía y una trascendencia tal que hace que todos los demás términos pasen a ser secundarios y definibles desde allí. Como sostiene Bosteels, refiriéndose a un texto de Badiou escrito en colaboración con Balmès, “la historicidad no puede ser reducida a la inspección objetiva de una estructura de instancias dominantes y subordinadas, ni aunque se dejara incompleta debido a un lugar vacío cuyo “lugar-teniente” u ocupante inerte e imaginario fuera, invariablemente, el sujeto” (Bosteels, 2007, p. 79).

La propuesta teórica que presenta Badiou para superar la variante estructural de la dialéctica es su teoría del acontecimiento: “el impacto transformador de un acontecimiento puede comprenderse sólo si una dialéctica de fuerzas en proceso activo ancla, suplementa y divide la combinatoria de lugares y su juego ideológico especular” (Bosteels, 2007, p. 79), es decir, si se complementa el costado algebraico de la dialéctica con su costado topológico, si se anuda correctamente el *esplace* y el *horlieu*.

La dialéctica es, antes que nada, un proceso, no de negación y de negación de la negación, sino de división interna. Toda fuerza debe así dividirse a sí misma y aquella parte situada o determinada por la estructura de lugares asignados (Bosteels, 2007, p. 81).

El principio ontológico que define entonces a la variante materialista de la dialéctica es que “cada fuerza se halla en una relación de exclusión interna con su lugar determinante” (Bosteels, 2007, p. 81). O, para expresarlo en los términos de Badiou,

resulta indispensable afirmar que la ley de la dialéctica establece que el Uno se divide en dos.

Lo que intenta señalarse de esta manera es la importancia de contar con una teoría del sujeto que permita "...afirmar la rara posibilidad de que [la] fuerza venga a determinar la determinación al reaplicarse al mismísimo lugar que marca su identidad dividida" (Bosteels, 2007, p. 83). Pero al plantear el concepto de sujeto como "un proceso de torsión en el que una fuerza se reaplica a aquello de dónde emerge de manera conflictiva" (Bosteels, 2007, p. 83), lo que observamos gracias a los desarrollos del pensador belga es que "aún nos encontramos en el territorio conocido de la lógica de la causalidad estructural" (p. 88). Una doctrina que puede resumirse a través de una de las tesis del sujeto de Lacan: "El sujeto está, si puede decirse, en exclusión interna de su objeto" (Lacan, 1987, p. 840). Como prosigue Bosteels,

para Badiou, la mayor parte de la obra de Lacan permanece dentro de los límites de una dialéctica estructural, la cual es sorprendentemente similar, en cuanto a sus operaciones básicas, a la poesía de Mallarmé. Estas operaciones consisten, primero, en montar una escena marcada por las trazas de una desaparición, digamos un barco hundido o una sirena ahogada, cuyo desvanecimiento sostiene la escena en su totalidad. Éste es el funcionamiento de la causa ausente o evanescente, la cual determina el orden establecido de las cosas (Bosteels, 2007, pp. 89-90).

Efectivamente, se trata de uno de los grandes teoremas de la variante estructural de la dialéctica, sino el más importante. A su vez, el sujeto es lo que viene allí -en el intervalo- a recordarnos la ley inmanente de la escisión constitutiva. Bosteels señala en este punto la vuelta en más que logra anexar Badiou a la definición del concepto de sujeto dada por Lacan.

Badiou adoptará y reformulará esta definición lacaniana del sujeto como: un sujeto es, entonces, lo que un acontecimiento E representa para otro acontecimiento E2. Esto viene a demostrar la orientación estructural-ontológica, potencialmente equívoca, de esta obra más reciente, cuya inevitable parcialidad debería ser suplementada con la orientación topológica de una (nueva) teoría del sujeto (Bosteels, 2007, p. 90-91).

En *El ser y el acontecimiento* encontramos una advertencia contra el problema de la lógica de los lugares, es decir contra la lógica del *esplace*, que es el problema de no poder ir más allá de lo real, un real que insiste de manera regular en sustraerse infinitamente. Esta variante de la dialéctica, virtuosamente elaborada y expresada por Lacan y Mallarmé, en la que ambos autores adhieren a la idea de que la ley de la dialéctica (la escisión constitutiva) estaría sustraída de lo real, es decir, no se dividiría en dos, lo cual la convierte en una especie de “anterioridad radical”. Tratamiento que el lacanismo viene dispensándole desde hace algunos años a los conceptos de real y de goce, suponiéndolos como una anterioridad nouménica inefable escondida sustractivamente tras el muro del lenguaje.

Sin embargo, afirmamos (2019) concomitantemente con Badiou (2009a y 2009b), con Bosteels (2007) y con Farrán (2014) que hay un segundo Lacan -el que abandona la tesis de la primacía del orden simbólico para abocarse a los desarrollos sobre lo real- que es profundamente materialista y cuyas observaciones mantendrían aun hoy una importancia decisiva para la práctica de una verdadera filosofía materialista. Hay dos momentos claramente identificables y distinguibles en el pensamiento de Lacan

En cuanto a la estricta lógica dialéctica, Lacan supera a Mallarmé, fijado en la estrella, en este punto preciso que le hace reconocer: - la novedad de lo real, comprobada por el desgarrón sin lazo de los discursos; - la precariedad de lo Uno, que lo nuevo, cuya esencia es la división, oblitera. Todo el genial esclarecimiento del sujeto abierto por Lacan se ajusta a lo que él dice, frase por frase, tanto como seminario por seminario, las dos cosas a la vez” (Badiou, 2009a, pp. 139-140).

Es decir, la estricta combinación matemática entre “la primacía de la estructura, que hace de lo simbólico el álgebra general del sujeto, su horizonte trascendental [y] ...una obsesión topológica, según la cual todo movimiento y todo progreso dependen de la primacía de lo real” (Badiou citado en Bosteels, 2007, p. 94). Pese a ello, para alcanzar el esclarecimiento de la dialéctica en su variante materialista no alcanza con producir el salto operado por Lacan desde lo simbólico hacia lo real. Para su cabal elucidación hace falta que lo real sea pensado en su doble estatuto, es decir como “causa evanescente” y como “consistencia novedosa”, tomando en cuenta su costado algebraico (“lo real de la evanescencia, que está en una posición de causa para el álgebra del sujeto”) y su costado

topológico (“lo real como punto nodal, que está en una posición de consistencia para su topología”). Ambos costados de lo real anudados entre sí resultan absolutamente necesarios para el mantenimiento formal de una teoría del sujeto en clave materialista. Como concluye Badiou, sólo habiendo recorrido ambos lados de lo real como si se tratase de la “doble cara” imaginaria de una banda de Moebius podremos “...leer una trayectoria integral del materialismo” (Badiou citado en Bosteels, 2007, p. 96). Si no consideramos lo real en su doble estatuto, como plaza (*esplace*) y como fuerza (*horlieu*), habremos incurrido en una visión restringida de la división constitutiva de la dialéctica y habremos perdido en consecuencia la posibilidad de pensar “el cambio verdadero”, que no sólo ocurre “...cuando simplemente se ocupa el lugar vacío de la estructura existente, sino [también] cuando se lo excede” (Bosteels, 2007, p. 97).

Conclusiones

Aun cuando la doctrina de la causalidad estructural surgida con el estructuralismo permitió pensar y avanzar conceptualmente sobre la elucidación de los mecanismos de sujeción y sobredeterminación que operan, a partir de la idea de una causa ausente y/o evanescente, en la relación entre una estructura subordinante y una estructura subordinada; aun cuando permitió (re)pensar la idea spinoziana de causalidad inmanente, a partir de haber dado cuenta de la estructuralidad de la estructura; aun cuando permitió *deconstruir* y (re)elaborar -más allá de la metafísica clásica- el concepto de sujeto como una *hiancia*, es decir, como la fisura que resulta como excedente entre lo real traumático y la simbolización imposible, sin tener que apelar a la idea de sustancia y/o de consciencia; aun cuando permitió trazar un nuevo terreno ontológico para el sujeto en el interior/exterior de la estructura, y, a partir de allí, delimitar su función de soporte (*Tragër*) que da cuenta de la imposibilidad inmanente del cierre estructural, nuestro trabajo muestra por qué la doctrina de la causalidad

estructural se volvió incapaz de producir un nudo teórico conceptual capaz de transformar lo real. Lo cual terminó promoviendo al interior del campo psicoanalítico lacaniano la idea de un “*modus vivendi*” (como lo llama Žižek,) en relación a la falta o, como lo ha planteado Miller, la idea de montar una identificación al síntoma, entendido como el único y mejor arreglo posible ante la irreductibilidad mortífera de lo real y el goce. Una consideración en extremo negativa y desbalanceada de los conceptos de real y goce de Lacan, en la que el primero es leído como una dimensión inefable y el segundo es homologado al concepto freudiano de pulsión de muerte.

El problema de esta variante débil de la dialéctica es la situación inhibitoria en la que nos deja al proponer una lectura causal del orden simbólico y social como un campo imposible de ser asaltado y transformado novedosamente a través del concepto, debido a que su categoría rectora es, en última instancia, ese real irreductible que Freud llamaba “la roca viva de la castración”-; y cuyo fundamento nouménico nos marca el límite (*impasse*) in-forzable de dicho orden.

Para resolver el *impasse* hemos apelado entonces a la variante fuerte de la dialéctica, la cual, como ya fue dicho, no reduce la causalidad al costado algebraico de la dialéctica, sino que incluye también su costado topológico. Una dimensión que nos permite volver sobre la idea de la determinación incluyendo la idea del pase del sujeto y plantear la subjetivación como el acontecimiento de una nueva consistencia; esto es, la aparición de una nueva estructura en la que un sujeto no sólo ocupa el lugar vacío de la estructura antigua, sino que lo excede. En suma, nuestro trabajo muestra de qué manera se puede (re)pensar -más allá de la doctrina de la causalidad estructural- una teoría sobre la causalidad y el sujeto que sea capaz de forzar (agujerear y resolver) lo real de manera integral.

Referencias bibliográficas.

Althusser, L. & Balibar, E. (1969/2004). *Para leer El Capital*. México: Siglo XXI.

Althusser, L. (2004). *La revolución teórica de Marx*. México-Buenos Aires: Siglo XXI.

Althusser, L. (2014). Sobre la génesis (Trad. Juan Pedro García del Campo) *Décalages*,
1 (2). Recuperado de
<http://scholar.oxy.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1029&context=decalages>.

Badiou, A. (1969). Marque et manque: à propos du zéro. *Cahiers pour l'Analyse*, 10,
150-173.

Badiou, A. (1974). El (re)comienzo del materialismo dialéctico. En A. Badiou y L.
Althusser, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico* (pp. 9-36). Buenos Aires:
Siglo XXI.

Badiou, A. (2009a). *Teoría del sujeto*. Buenos Aires: Prometeo.

Badiou, A. (2009b). *Compendio de metapolítica*. Buenos Aires: Prometeo.

Bassols, M. (enero- febrero 2006) Encontrar la causa. *Virtualia* (14). Recuperado de
<http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/LqOW7I9GYk0ma8P5T2ZhVgHn463k6VE1dUD6cK6U.pdf>

Bosteels, B (2007). *Badiou o el recomienzo del materialismo dialéctico*. Santiago de
Chile: Palinodia.

Bosteels, B (2007). *Badiou o el recomienzo del materialismo dialéctico*. Santiago de
Chile: Palinodia.

Bunge, M. (1997). *La causalidad. El principio de causalidad en la ciencia moderna*.
Buenos Aires: Sudamericana.

Daín, A. D. (2011) Marx, Althusser y Derrida. La sobredeterminación como
suplemento. *Astrolabio*, (6), 158-285. Recuperado de
<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/278>.

Farrán, R. (2014). *Badiou y Lacan. El anudamiento del sujeto*. Buenos Aires: Prometeo.

Freud, S. (1937/1991). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas*, t. XXIII
(pp.211-254). Buenos Aires: Amorrortu.

Gómez Camarena, C. (junio-julio, 2013). Badiou, la ciencia, el matema. *Reflexiones
marginales*, (15). Recuperado de <http://reflexionesmarginales.com/3.0/19-badiou-la-ciencia-el-matema/>.

Hacking, I. (2006). *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*. Barcelona: Gedisa.

Lacan, J. (1987). *Escritos 2*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2005b). *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Laurent, E. (enero- febrero 2006: Hacia un afecto nuevo. *Virtualia* (14). Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/Fa0CQ2rLxlkmKPsRpD6tjXuSrWxxslAkfHrPPajt.pdf>

Miller, J.-A. (2008b). *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial.

Miller, J.-A. (2010). *Matemas I*. Buenos Aires: Manantial.

Mouffe, Ch. y Laclau, E. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización d la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Palmieri, A. (2019). *El por-venir del lacanismo*. Buenos Aires: La Docta Ignorancia.

Panach, E. (1971). Althusser: causalidad estructural. *Teorema, Revista Internacional de Filosofía*, 1 (4), pp. 85-96.

Žižek, S. (2005). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Žižek, S. (2015). *Menos que nada*. Madrid: Akal.